

Lectura de Salvatore Quasimodo

JUAN CARLOS ABRIL

Universidad de Granada

jca@ugr.es

Antes que nada hay que decir que es muy difícil elegir un autor, porque en la trayectoria y lecturas de cualquier poeta hay muchas tradiciones, autores, libros y poemas que le marcan profundamente. Hay muchos buenos libros para leer, grandes obras maestras y grandes autores que se consagraron a la poesía dejando un testimonio indeleble. Es cierto eso de que somos lo que leemos, y también nuestras afinidades selectivas van configurándonos, si bien muchas veces uno tiene apetito de estilos muy diversos, porque antes que otra cosa el poeta es un crítico, y como tal, debe tener una formación lo más amplia y completa posible. Debe saber leer bien la poesía social, los discursos humanistas o re-humanizadores, los discursos de vanguardia y esteticistas, la deshumanización del arte, etcétera.

Como lector crítico me he formado –y he disfrutado– de poemas sociales, herméticos y realistas, sin que un estilo obste al otro. Eso es fundamental. En un momento como este, en el que ya ni se cuestiona el paradigma de la originalidad, por ser algo trasnochado, ser un buen lector y extraer lo mejor de cada discurso, es ya un paso decisivo en la formación del gusto estético. De hecho en cualquier época esto ha sido un axioma para leer las claves de por dónde va la poesía, y me refiero a una poesía creativa, autónoma, que indague en el lenguaje y en sus posibilidades y no en una poesía decorativa, que sea una continuación de otros estilos y discursos ya manidos y consabidos. Porque en la encrucijada del límite está la voz, explorando el lenguaje, aunque también hay que disponer de algún asidero. De acuerdo: hay que cuestionar el lenguaje, porque vivimos –sobre todo los poetas– en su frontera, pero sin olvidarnos de que existen una serie de reglas indispensables. Si no, ni el lenguaje ni el poema funcionan.

La repetición del paradigma de la voz exhausta que no llega, también es un cliché de las épocas de reacción frente al realismo. Hoy en día estamos hartos de ver este tipo de libros que son un mero entretenimiento lingüístico, metáforas de manual e imágenes amontonadas junto a un discurso intrascendente y huero, y eso tampoco sirve, eso se cae de las manos nada más asirlo, eso no dejar de ser fuegos de artificio que, recordemos, solo pueden sorprender a aquellos que no han visto nunca ningunos. Las neovanguardias no aparecieron ayer. Cualquier poeta, hoy, por no poner puntos, comas o escribir en minúscula, u otras disposiciones en la página, se piensa que está descubriendo el Mediterráneo.

No concibo el poema sin referentes pero tampoco sin misterio. Ambas cosas son decisivas para que un texto poético funcione como tal. Se mezclan ahí y se ponen en juego diferentes cosas, que residen principalmente en la inteligencia lingüística del poeta y en lo que comúnmente se llama intuición, algo que se puede precisar muy poco y escasamente científico. Pero es así, entre un poeta que es y otro que no lo es, usualmente suele fallar que uno no tiene chispa y el otro sí (hablamos de la solución poemática, es decir el resultado; no del estilo escogido). Por eso, si la combinación de palabras es tan extraña que no se puede entender nada, ni incluso para los lectores iniciados o los propios poetas, ¿qué sentido tiene el texto? Por el contrario, si el poema es tan obvio que pierda la chispa, ¿para qué llamarlo poesía? Es por eso que un poema debe ser ante todo voluntad de estilo y de discurso, frente a la sencillez del contenido o el mensaje.

Dicho esto, la elección de un poeta como Salvatore Quasimodo, un italiano considerado hermético, uno de los poetas más importantes del *ermetismo*, puede parecer contradictorio según el primer criterio, el de la referencialidad, pero también puede encajar perfectamente si atendemos al segundo, a la voluntad de estilo. A estos últimos poetas, los que cuidan el estilo, precisamente el tiempo viene a darles la razón, ya que al escarbar en el lenguaje de una época determinada, lo que nos parece hermético hoy, con la perspectiva temporal se muestra como la mejor poesía lírica de ayer. Esto le pasa precisamente a Quasimodo, un poeta hermético que, por cierto, nunca renunció al compromiso humanizador en su poesía, a pesar de que estaba considerado como hermético y, por tanto, alejado de las técnicas del naturalismo. No confundamos, desde ya, el naturalismo con el realismo. De hecho no están contrapuestos los estilos, ni los discursos, ni hay estéticas enfrentadas en el seno de la poesía. Lo que hay son malos poetas y malas propuestas que enfrentan unas estéticas a otras, cuando lo que deben hablar son los poemas y no los manifiestos. Los textos ante todo.

Las necesidades de lectura son muy variadas, decía, y en momentos determinados necesitamos un tipo de poemas y no otro, igual que no podemos estar leyendo siempre novelas de 800 páginas, sino que también nos gusta una más breve, y de diferentes temas. Con el cine podríamos decir lo mismo, nos gusta alternar los géneros e ir complementando nuestro conocimiento poco a poco, ir cubriendo lagunas dependiendo del tiempo del que dispongamos y las ganas. Hay poetas como Luis Cernuda, quien podría haber elegido perfectamente para este diálogo, Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado por hablar de dos estilos distintos, pero he preferido a Quasimodo por varias razones, que intentaré razonar aquí. Primero porque todo lo que he dicho hasta ahora tiene que ver con su poesía, alternando en él referencialidad y misterio, compromiso y vanguardia, etc.

Mi lectura de Salvatore Quasimodo no ha sido homogénea, pero sí continuada en el tiempo. Es un poeta al que vuelvo de vez en cuando, de cuando en cuando, igual que a Luis Cernuda, Juan Ramón Jiménez o Antonio Machado. Leer un poema por gusto, recordarlo, volverlo a leer, saborearlo con los años, es sin duda uno de los grandes placeres intelectuales, emocionales y sensoriales, que nos puede ofrecer la vida, más si cabe si eres especialmente sensible o receptivo a las palabras. Y que un mismo poema te siga acompañando a lo largo del tiempo es la prueba de que ese poema merece la pena. Cuando un texto se te cae de las manos, cuando ya no resiste una lectura, o simplemente lo olvidamos, es porque la erosión le ha hecho mella. Ahora bien, para que se entienda esto último que estoy diciendo, voy a tratar de explicarme: un poema no tiene por qué ser ni fácil ni difícil para resistir al tiempo, no se trata de que sea más hermético o no, o más realista, sino de que sea una expresión única, como por ejemplo el «Romance del prisionero» o el «Romance de Fontefrida», por poner dos poemas «sencillos» que han resistido a la ero-

sión del tiempo, permaneciendo en la memoria.

Sea como fuere, tengo que decir también que cuando me acerqué a las *Poesías completas* de Salvatore Quasimodo, las editadas en 1991 en la preciosa edición de La Veleta, en Granada, traducidas por Antonio Colinas, yo no sabía que Quasimodo estaba considerado o encasillado como poeta hermético. A decir verdad, y recordando más o menos cuándo comencé a leerlo, yo debería tener 19 años o así cuando compré ese libro, acababa de llegar a Granada y estaba comprando muchos libros, leía todo lo que caía en mis manos y estaba empezando a formarme. Hasta entonces, no demasiada poesía contemporánea había leído, y fundamentalmente había manejado antologías. Pero era la época en la que empezaba a comprar libros, eso también es cierto. Así pues esta traducción de Quasimodo se encuentra en mis primeros escauceos como lector independiente, que va eligiendo y aprendiendo a leer. Paralelo a este libro, no quiero dejar de recordarlo, había muchos otros, y muchos más que llegaron, claro, pero este volumen que digo forma parte de ese pequeño tesoro de una época en la que todavía no había yo completado el arco de lecturas mínimamente obligadas para saber qué era una cosa y qué otra. Digamos que me encontraba en un periodo juvenil de formación, ya que en mi casa y durante mi época de bachillerato no tuve demasiado acceso a libros, a no ser por los que había en la biblioteca pública de mi pueblo, de la que me nutrí con fruición, de algún préstamo ocasional, o de los hurtos, que tengo que confesar que fueron unos cuantos también. En cualquier caso se trata de lecturas no guiadas y solo encaminadas a saciar el apetito voraz de conocimiento, aventuras e historias que se suele tener a esa edad.

Recuerdo que comencé a leer a Quasimodo cuando yo escribía *Un intruso nos somete* (publicado en 1997 pero que yo había acabado de escribir en 1995). Lo comencé a leer en un momento en que yo estaba decididamente despegándome de la poesía de la experiencia, pues había escrito un libro anterior muy malo, del que prefiero no acordarme, salvo de algún poema que también convenientemente se ha extraviado. Mi intención a partir de ese libro frustrado fue buscar aspectos simbólicos en el lenguaje a partir de un espacio rural en el que yo me reconocía, frente a la urbanidad de la poesía de la experiencia a la que yo era ajeno por cultura y educación. Necesitaba establecer un referente en el que yo me sintiera cómodo, que hablara de mí. Y aunque vitalmente necesitaba estar en la ciudad, como espacio iniciático, de desaparición o disolución en el anonimato, de búsqueda individual, frente al consabido chismorreio de los pueblos y los espacios rurales, me centré en ese espacio, profundizando en las constantes de mi propia identidad. Por ahí iba mi primer libro, que trataba de combinar ambos aspectos, potenciando el segundo, ya que temáticamente quería tratar la memoria y el dolor, el paso del tiempo y la infancia definitivamente perdida, las dificultades de una adolescencia conflictiva en un entorno hostil, al fin y al cabo, la incomunicación y la poesía como salida a todo eso. Una vez acabado mi libro, lo recuerdo bien, leer a Quasimodo no pudo venirme mejor para conectar mi sensibilidad con la del poeta italiano. Ni sabía que era hermético, ni nada de él, ya que el prólogo de la edición de Colinas no indagaba en aspectos biográficos (no eran tiempos de Wikipedia), pero lo cierto es que los poemas fueron un deslumbramiento, como el clásico:

ED È SUBITO SERA

Ognuno sta solo sul cuor della terra
trafitto da un raggio di sole:
ed è subito sera.

Y DE PRONTO ANOCHECE

Cada uno está solo sobre el corazón de la tierra
traspasado por un rayo de sol:
y de pronto anochece¹.

Sencillez, concisión, densidad. Así comenzaban las *Poesías completas* de Salvatore Quasimodo, de esa manera tan impactante. Yo no sabía, claro está, que este breve poema era archiconocido, uno de los textos más repetidos por los críticos, poetas, lectores y alumnos italianos en el último medio siglo...

Hago un inciso a propósito de este poema para subrayar la importancia dramática que irá ocupando en mi poesía la luz, cuando adquiere la intensidad, la vibración del momento, para sentir, del modo más completo posible, la realidad que nos rodea. Me refiero a una capacidad de sentir y emocionarse, no de pensar en otra existencia ni en otras realidades, sino de aprehender con más fuerza la realidad que vivimos, nuestra experiencia material. La luz como elemento que canaliza la emoción, pero siempre desde un punto de vista textual, como la emoción. No que el poema consiga emocionar, pues eso es patetismo, o paternalismo, sino que el poema sea emoción. Como decía Eliot, que el poema sea una corriente emocional que consiga transmutar en el texto... Esta capacidad que la luz posee en mi obra es, obviamente, un reflejo -nunca mejor dicho- que irá adquiriendo mayor simbolismo en cada libro, profundizando en sus posibilidades. Y de igual modo podría comentar, por extensión, la simbología que adquirirán en mi obra, desde el punto de vista temático, los ciclos vegetales, naturales, los procesos atmosféricos... en su relación con nosotros, pero también como entidades autónomas que no participan de nuestras decisiones, sobre todo la naturaleza. El poema como espacio textual donde recrear la naturaleza, una naturaleza mimetizada pero ficticia, viva no en la realidad sino en el poema, una naturaleza autónoma, viva como representación y figuración, siendo y no siendo naturaleza, falsa naturaleza, como la pipa de Magritte: «ceci n'est pas une pipe», «ceci n'est pas une nature». Pero lo es, porque vive en el poema. Por ejemplo en «Tormentas breves»:

TORMENTAS BREVES

Se acercan veloces
las nubes del oeste.

¡El agua buena comprimida!

Este refugio oscuro.
Nuestro dolor².

¹ Salvatore Quasimodo, *Poesías completas*, Edición, traducción y prólogo de Antonio Colinas, Granada, La Veleta, 1991, pp. 22-23; Salvatore Quasimodo, *Poesía completa*, traducción e introducción de Antonio Colinas, Ourense, Ediciones Linteo, 2007, pp. 278-279. La versión de Carlos Viola Soto es idéntica: cfr. Salvatore Quasimodo, *Obra completa*, versiones de Franco Moggi, Carlos Viola Soto et al., Buenos Aires, Sur, 1959, pp. 24-25.

² Juan Carlos Abril, *Crisis*, Valencia, Pre-Textos, 2007, p. 15.

Se trata de un pequeño poema de *Crisis*. Cuando hablo de brevedad de la tormenta se trata en el fondo de la brevedad del texto, de su torrente, y cuando hablo del refugio oscuro también hablo del texto, donde tratamos de guarecernos del dolor.

Dice muy acertadamente Antonio Colinas en la introducción a la edición de la *Poesía completa* de Salvatore Quasimodo, la de Linteo, a propósito de la supuesta oscuridad de esta poesía:

Esa oscuridad pasa por una revalorización de la palabra y, más concretamente, por lo que Quasimodo llamó la *quantità d'ogni parola*. Es otra de las virtudes de su poetizar: en sus poemas cada palabra debe tener su *densità*, afirma él; tiende a ser un microcosmo que, a veces, hace muy difícil su interpretación. Es, sin más, la oscuridad propia de la poesía; una oscuridad que el estudioso no debe sobrepasar en la «interpretación del texto examinado», pues con ello, añade Quasimodo, «agotaría dicha densidad poética». A veces, estas oscuridades textuales no se dan como simple juego estético, ni por puro afán vanguardista, sino por buscar siempre el fulgor del hallazgo poético, la más decantada síntesis de la palabra. Es por ello que, en el poema verdadero, no sólo cada verso sino también cada expresión o palabra deben fulgir, tener la condición de *poéticos*. A esta oscuridad estética de expresiones y palabras se une el quiebro, por parte del poeta, del orden de las mismas, algo a veces extraño para nuestra lengua; o el uso de una puntuación personalísima [...]³.

En realidad, elegir un poeta como Quasimodo, que no en vano fue Premio Nobel en 1959, y que desgraciadamente tuvo una muerte prematura en 1968 a causa de un derrame cerebral, se debe a varias razones, que no son solo una justificación ahora, sino una razón de estar en la poesía, de ser entre los libros, en la elección vital de la palabra como compañera inseparable. Quasimodo es del sur, y hace del sur su bandera. Convierte al sur en un icono y en un símbolo, y eleva a categoría inefable la vida rural y la naturaleza, otra manera de contemplar el mundo no ajena a las cosas que suceden, a la estructura profunda, a la ideología, al sentir de una época. Quizá yo en aquella época abominaba del campo y de mi entorno, pero supe hacer de eso la amalgama con la que soñar, el barro con el que construir mis sueños y construir mi libro. Yo diría que en aquel momento y en ese libro mío primero se realiza plenamente la conocida frase de Lenin «Es preciso soñar, pero con la condición de creer en nuestros sueños. De examinar con atención la vida real, de confrontar nuestra observación con nuestros sueños, y de realizar escrupulosamente nuestra fantasía». Me gusta esa frase porque está en relación con los deseos individuales, con las ansias de vivir y explorar, como una suerte de realidad y deseo cernudianos, humildad y ambición a un mismo tiempo. Aunque necesitara sentirme cada vez más y más urbano, hasta el punto de que con el tiempo acabé viviendo en grandes urbes, siempre huyendo del pueblo en el que me tocó vivir por nacimiento y familia, no puedo dejar de reconocer que ese espacio rural en el que me crié era mi referente. Hoy en día, por cierto, siento todo lo contrario: me aburren las ciudades grandes, prefiero la soledad y tranquilidad del campo y los pueblos, me interesa mucho más vitalmente. ¿Por qué cambiamos tanto, o eso será ahora un signo de madurez, y aquello entonces solo una pose de juventud?

Sea como fuere, en Quasimodo advertimos el paso del Simbolismo a lo simbólico, puesto que el Simbolismo como tal, como corriente estilística histórica, es un movimiento concreto que tuvo diferentes ramificaciones y seguidores, pero lo simbólico puede ras-

³ Antonio Colinas, «Introducción», en Salvatore Quasimodo, *Poesía completa*, cit., p. 15.

trearse como una constante en la poesía de cualquier época, y es esa poesía la que ha ido profundizando en la capacidad del lenguaje por expresar tropos: metáforas, metonimias, sinécdoques... esa capacidad creativa del lenguaje, esa “metáfora viva”, en palabras de Paul Ricoeur. De otra manera, habría que advertir un correlato metafórico entre el simbolismo y las corrientes de vanguardia y el hermetismo; no en vano en aquella época hubo trasvases de unas corrientes a otras, fraguando unas más que otras, siendo más fugaces unas que otras (en algunas su fugacidad era su ADN), y también erigiéndose, algunas otras, como un enfoque distinto de esa vuelta de tuerca que significaron las vanguardias en general, tras el Simbolismo, en el primer tercio de siglo XX.

Todos sabemos que el hermetismo fue una de las respuestas italianas a las vanguardias históricas, quizá la respuesta más «italiana» que fructificó sin tener en cuenta las modas, con permiso del futurismo, y que no se asoció -aunque durante bastante tiempo se le quiso acusar de escapista- al fascismo, al contrario de la corriente reivindicada por Marinetti. En cierto modo podríamos considerar el hermetismo como una continuación natural del Simbolismo, una vez superado este. En cualquier caso, hay que advertir que se trata de una respuesta fenomenológica y esencialista, que trata de apresar el mundo a partir de la palabra, y que, por eso, hoy, al menos desde mi punto de vista, posee sus pros y sus contras. Como cualquier estética. El poeta sabe que posee la palabra poética lírica, la que más se acerca a las emociones y los sentimientos, concibiéndose concibe como depuración máxima del lenguaje. Pero al mismo tiempo sabe que tampoco le basta, pues la palabra es tristeza por su propia naturaleza efímera y, lo peor, nunca alcanza a decir todo lo que siente.

PAROLA

Tu ridi che per sillabe mi scarno
e curvo cieli e colli, azzurra siepe
a me d'intorno, e stormir d'olmi
e voci d'acque trepide;
che giovinezza inganno
con nuvole e colori
che la luce sprofonda.
Ti so. In te tutta smarrita
alza bellezza i seni,
s'incava ai lombi e in soave moto
s'allarga per il pube timoroso,
e ridiscende in armonia di forme
ai piedi belli con dieci conchiglie.

Ma se ti prendo, ecco:
parola tu pure mi sei e tristezza.

PALABRA

Tú ríes porque adelgazo sílaba tras sílaba
y curvo cielos, cerros, seto azul
que me cerca, y susurros de olmos

y voces de aguas medrosas;
que a la juventud engaño
con nubes y colores
que ahonda la luz.

Te conozco. En ti, completamente extraviada,
alza sus senos la belleza,
se ahueca en el dorso y con suave impulso
se dilata en el pubis temeroso,
y desciende en armonía de formas
a los pies bellos con diez conchas.

Mas he aquí que si te tomo,
para mí te conviertes en palabra, en tristeza⁴.

La identificación del mundo pre-industrial y rural con mi mundo personal estaba servida, en función de una serie de coincidencias como la localización y cierta correlación con el personaje principal... se trataba de un sur doliente y subdesarrollado que iba parejo a la misma estructura de esos personajes que deambulan por la poesía de Quasimodo. De un modo u otro me sentía identificado, como me sentía identificado con el italiano, ya que esta lengua es como una suerte de espejo del español –y viceversa para los italianohablantes– en el que nos gusta mirarnos, al menos a los que tenemos esa inquietud por conocer otros idiomas y culturas. Es curioso, en ese sentido, porque cuando viajas a Hispanoamérica sucede muy parecido, pero con el español, que encuentras tantas similitudes y variantes dentro del mismo marco, que es apasionante el ejercicio comparatístico. Un poco de eso había también en mis primeras lecturas de Quasimodo, que me enseñaban a leer italiano, con las que iba aprendiendo, de igual manera que me matriculé en la facultad en italiano, e iba traduciendo por mi cuenta una pequeña antología de poesía italiana contemporánea: Montale, Quasimodo, Ungaretti, Caproni, Luzi... una pena que perdiera aquellas traducciones, que no las guardara, ya que se las di al profesor de italiano como trabajo, y nunca fui a pedirselas de nuevo...

La edición que manejé de Quasimodo, como he dicho, es la de La Veleta. Es una edición muy bella, con una tipografía preciosa, y una cubierta fascinante. Compré al poco la edición de Mondadori, que fue la que comencé a manejar, edición que luego volví a comprar cuando se editó la colección *Meridiani*. Después me compré, muchos años después, la edición de Sur bonaerense, que combina diferentes traductores, y hace unos años compré de nuevo la reedición en Linteo de la *Poesía completa*, de nuevo por Colinas, ampliada con dos libros de juventud. Tengo que decir que hay muy buenas soluciones que me siguen gustando. Antonio Colinas es un poeta que admiro y, en el fondo, tal y como plantea el propio Quasimodo, la poesía siempre debe ser traducida por los propios poetas, que son los que al fin y al cabo poseen la capacidad de intuir lo que en el poema dice, y trasladar al otro idioma la atmósfera. Otra vez volvemos a ese misterio que solo el poeta sabe trasladar en el poema, ese misterio que es la propia poesía y que si no se posee no se consigue transmitir. Uno de mis poemas preferidos es este:

⁴ Quasimodo, *Poesías completas*, pp. 90-91; Quasimodo, *Poesía completa*, pp. 346-347. La versión de Sur es sensiblemente menos lograda: cfr. Quasimodo, *Obra completa*, pp. 92-93.

RIDE LA GAZZA, NERA SUGLI ARANCI

Forse è un segno vero della vita:
intorno a me fanciulli con leggeri
moti del capo danzano in un gioco
di cadenze e di voci lungo il prato
della chiesa. Pietà della sera, ombre
riaccese sopra l'erba così verde,
bellissime nel fuoco della luna!
Memoria vi concede breve sonno;
ora, destatevi. Ecco, scroscia il pozzo
per la prima marea. Questa è l'ora:
non più mia, arsi, remoti simulacri.
E tu vento del sud forte di zàgare,
spingi la luna dove nudi dormono
fanciulli, forza il puledro sui campi
umidi d'orme di cavalle, apri
il mare, alza le nuvole dagli alberi:
già l'airone s'avanza verso l'acqua
e fiuta lento il fango tra le spine,
ride la gazza, nera sugli aranci.

RÍE LA URRACA, NEGRA EN LOS NARANJOS

Acaso sea un signo verdadero de la vida:
en torno a mí, con ligeros movimientos
de cabeza, danzan los niños en un juego
de voces y cadencias por el prado
de la iglesia. ¡Piedad de la tarde, sombras
otra vez encendidas sobre hierba tan verde,
bellísimas en el fuego de la luna!
La memoria os concede un breve sueño;
ahora, despertad. Hierve el pozo
con la primera marea. Ésta es la hora:
ya no mía, abrasadas, remotas imágenes.
Y tú, viento del sur, cargado de azahar,
empuja la luna hacia donde duermen
niños desnudos, azuca el potro en los campos
húmedos por las huellas de las yeguas, abre
el mar, alza las nubes de los árboles:
ya la garza real se dirige hacia el agua
y olfatea despacio el fango en los espinos,
ríe la urraca, negra en los naranjos⁵.

Siempre en cualquier traducción, cuando se coloca el texto original al lado, y tratándose de una lengua que dominas, puedes pensar en otras soluciones. No obstante estos

⁵ Quasimodo, *Poesías completas*, pp. 202-203; Quasimodo, *Poesía completa*, pp. 458-459. Esta vez la versión bonaerense de Carlos Viola Soto es bastante buena: cfr. Quasimodo, *Obra completa*, pp. 198-199.

problemas, que serán constantes para todo aquel que se acerque a la obra de un autor no solo como lector sino también como posible traductor, traductor en potencia, hay que decir que nunca han impedido que disfrute de la poesía de Quasimodo en la versión de Colinas, ya que, por el contrario, han sido un estímulo para leerlo mejor, para indagar en la obra de una manera más profunda. Este es el mérito sin duda alguna que nos ofrece la traducción de Colinas, su traducción, y sobre esa base podemos luego discutir o trabajar, pero la base está hecha, y no se puede afirmar que sea desatinada en ningún momento. Bueno, lo lógico en cualquier traducción de cualquiera: soluciones distintas, elecciones diversas, disparidad de criterios, pero hay que alabarle el gusto y el trabajo bien hecho, ese trabajo juanramonianamente gustoso.

Así, poco a poco fui descubriendo a un autor básico en la formación de cierta sensibilidad que supera al Simbolismo, pero que al mismo tiempo parte de él, sin considerarse una fugaz vanguardia literaria, la cual, ya se sabe, de un modo u otro tenía, como el resto de vanguardias, los días contados (el surrealismo quizá sea la más transversal de todas). El canto civil de cierta poesía rehumanizadora de Quasimodo combinado con la distancia simbólica que imprime a su discurso, será la constante de su poesía más madura. Tanto en la primera época como en las posteriores, una de sus características fundamentales es la capacidad que tiene por hacerse eco del dolor humano, un dolor, hay que decir desde el primer momento, alejado de patetismos y de frivolidad. Un dolor íntimo, vivido con paciencia y resistencia, sin alharacas ni lloriqueos, sin patetismos, sin exhibicionismo, sin que por ello se convierta el poeta en ningún faro de la humanidad que acoge en su seno todo el dolor universal; no. Vivir, existir, es una carga. La intimidad de las cosas, la gravedad del tiempo que se nos va de las manos, la iniquidad de la historia –en una persona que ha vivido dos guerras mundiales: recordemos que Italia estuvo sumida en ambas–, y ese secreto e íntimo, descorazonador sentimiento de ser un exiliado de su tierra, de ansiar el sur y de echar de menos el sur de su infancia, convertido en un mito y, más que nada, como motivo literario, como manera de vivir. Ese exilio que necesitan todos los poetas para sentirse fuera del lugar en el que están, Quasimodo lo encontró en la fría y neblinosa Milán industrial, donde echaba de menos la soleada isla de sus primeros años.

DOLORE DI COSE CHE IGNORO

Fitta di bianche e di nere radici
di lievito odora e lombrichi,
tagliata dall'acque la terra.

Dolore di cose che ignoro
mi nasce: non basta una morte
se ecco più volte mi pesa
con l'erba, sul cuore, una zolla.

DOLOR DE COSAS QUE IGNORO

Espesa de blancas y negras raíces
huele a levadura y a lombrices
la tierra cortada por las aguas.

Dolor de cosas que ignoro
en mí nace: no basta una muerte
si sucede que más veces me pesa
sobre el corazón, con la hierba, la gleba⁶.

Ese dolor que, más allá de algo concreto, se muestra como la propia existencia, como la conciencia de una existencia que sufre, y que heideggerianamente es-para-la-muerte, esa suerte de inquietud sin objeto, está en Quasimodo y estaba también en mí, ya que se configura como una suerte de universal, si es que los universales existen o, si se prefiere, y por no incurrir en esencialismos interpretativos –aunque en el poema así se pretenda–, se trataba de unas coordenadas espacio-temporales que coincidían con las mías, muchos años después y en un lugar distinto, un país distinto, y una lengua distinta. ¿Pero acaso son tan diferentes España e Italia? Ciertamente no. Hay un sustrato cultural idéntico. E incluso sus sures son muy parecidos. La idea, muy de Quasimodo y del pensamiento estético del siglo XX, de que la voz del poeta prevalecerá sobre las coyunturas, contingencias y determinaciones culturales, ideológicas, etcétera, estará muy arraigada en esta poesía que se defenderá así frente a los que la acusaban de escapista. Veamos las dos estrofas finales de «Nel giusto tempo umano / En el preciso tiempo humano»:

Ci deluse bellezza, e il dileguare
d'ogni forma e memoria,
il labile moto svelato agli affetti
a specchio degli interni fulgori.
Ma dal profondo tuo sangue,
nel giusto tempo umano,
rinascereмо senza dolore.

Nos decepcionó la belleza, y el desvanecerse
de toda forma y memoria,
el precedero impulso revelado a los afectos,
espejo de destellos interiores.

Mas de la hondura de tu sangre,
en el preciso tiempo humano,
renaceremos sin dolor⁷.

Se trata, volviendo a Colinas en la edición citada de Linteo, de «una comprensión más abstracta de la realidad y del ser humano», pues aquí se combinan reflexión, realidad y emoción en una depuración que, aunque posea los mecanismos propios de la vanguardia y, como tal, posea un fondo fenomenológico, se extrae un sedimento lírico, una razón oculta, una palabra que nos consuele, en suma. Todo ello, sin que veamos en esta poesía posos de ninguna creencia que no sea la de la justicia (al menos así lo pretende y se auto-definirá), ya que cuando se habla de la piedad cristiana de Quasimodo, realmente se trata

⁶ Quasimodo, *Poesías completas*, pp. 46-47; Quasimodo, *Poesía completa*, pp. 302-303. Esta vez la versión bonaerense es bastante deficitaria: cfr. Quasimodo, *Obra completa*, pp. 48-49.

⁷ Quasimodo, *Poesías completas*, pp. 192-193; Quasimodo, *Poesía completa*, pp. 448-449; Quasimodo, *Obra completa*, pp. 188-189.

de la *pietas* romana, que no tiene nada que ver con el cristianismo y que precisamente este se apropió, como hizo con el resto de tradiciones y costumbres, cambiándole el sentido y adaptándolo. Podríamos recordar «O miei dolci animali (Oh mis dulces animales)»⁸, donde precisamente el mundo de la contemplación se extiende a los objetos y animales, a las cosas del mundo exterior, y hay como un sesgo de irrealización: «acaso yo sé que todo esto no ha acaecido». Nuestra fugacidad es tal que apenas dejaremos conciencia de lo que nos sucede, de lo que acaece. De hecho, un poemario sumamente materialista como *Oboe sumergido* –dicho sea de paso: título que me encanta– combina muchas cosas: sonoridad, simbología, tradición, vanguardia... aparte de la condensación conceptual y simbólica que encierra... El propio poeta, en su discurso de recepción del Premio Nobel, dijo

«Nunca escribí versos políticos y no comprendo la intención de las ideologías en las obras poéticas. ¿Acaso no están siempre los poetas del lado de la justicia?» Y precisamente a esos críticos que rechazaban los aspectos líricos, intimistas, de sus poemas –¿qué sería la obra de Quasimodo sin ellos?–, también les dijo con una gran sutileza y serenidad: «Ciertos críticos italianos mantienen hacia mí una actitud de reproche; aprobarían mis poemas si de ellos quitaran lo que consideran sobrante. (Lo que consideran sobrante es precisamente la poesía)». Una vez más, se defendía el poeta de los *nemici naturali* de uno y otro signo⁹.

En Quasimodo, siguiendo con algunas de estas ideas, he visto mi propia obra en tanto que búsqueda de la expresión lírica, de la palabra que canaliza la emoción, que sirve como vehículo, evitando algunas trampas tanto de las vanguardias abstrusas que no dicen nada con mucho cacareo, como del coloquialismo. La poesía que me interesa es la lírica, y aunque sé leer otras, tanto por la mirada crítica que desarrollamos como lectores, he de confesar que busco la palabra que emocione no a costa de las emociones ya tipificadas, de los caminos ya andados por otros, sino como búsqueda personal. Un poema no debe emocionar, sino ser emoción, y además habría que matizar qué tipo de emoción interesa que aflore en el poema: no confundamos la poesía lírica que investiga en los sentimientos, con el patetismo de la mirada paternal. La poesía debe catalizar las emociones, que es bien distinto, igual que un poeta posee su voz propia precisamente cuando está en la poesía, vive en la poesía, y extrae sus poemas de ese mundo poético que le pertenece. No se trata, por tanto, de formar una voz, sino de construir un mundo poético que se debe traducir en mundo laboral, vital, emocional, es decir una forma de estar en el mundo, de reflexionar sobre él, de arrancarle su página de poesía. Hay que evitar las sensiblerías fáciles o los tópicos, y decantarse por una indagación exhaustiva en la propia personalidad, en la capacidad de sentir, en la vida y en las relaciones humanas, con la convicción de que puedes decir las cosas no ya como nadie haya dicho, que eso es imposible –el tópico de la originalidad–, sino simplemente de otro modo. El cómo es lo que importa.

Por eso nos cuesta tanto trabajo entrar en la poesía de un poeta importante o de una poesía decisiva, porque la poesía es un ejercicio de altruismo y alteridad fundamental, olvidarnos de nuestros propios sentimientos y emociones para que otros sentimientos y

⁸ Quasimodo, *Poesías completas*, pp. 270-271; Quasimodo, *Poesía completa*, pp. 528-529; Quasimodo, *Obra completa*, pp. 263-264.

⁹ Colinas, *op. cit.*, p. 25.

emociones entren en nosotros, nos penetren, como una suerte de agresión hacia nuestra integridad, que nunca volverá a ser la misma tras la experiencia lectora. Porque nuestra integridad sufre, al abrirnos al otro, al borrar nuestra individualidad y dejar que nos traspase el otro... compartir unos sentimientos ya manidos, ya trillados por otros, como los que vemos en los medios de comunicación o en los mass media, eso no tiene mérito ninguno, porque es de fácil digestión. Pero entrar en otro mundo significa olvidarse del propio, y somos reacios por naturaleza, en una operación sacrificada y dolorosa, pero no exenta de aprendizaje y educable, porque también se puede aprender a vivir en la otredad. En el fondo, la tarea responsable del poeta es esa, arrancarle a la vida su página de poesía, trasladarla en palabras, transferirla a los lectores, aunque también es verdad que cada cual, sea poeta o no, tiene la libertad para entender la responsabilidad, o al menos su labor en el mundo, de la manera que entienda más adecuada, y se puede ser responsable de muchas maneras. Es un concepto amplio. Sea como fuere, y lo es de muchas maneras, la poesía de Salvatore Quasimodo me ha dado mucho, lo leo y releo para aprender y disfrutar, con la certeza de que encontraré un poeta afín, lírico y con mundo propio. Un poeta que, claro está, recomiendo, no solo porque a mí me encanta, sino porque está contrastado su valor, su reconocimiento, y también porque se trata de una lengua hermana con la que los hispanohablantes nos sentimos de muchas maneras identificados, con puntos de conexión y contactos. Hay que leer a Salvatore Quasimodo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abril, Juan Carlos, *Crisis*, Valencia, Pre-Textos, 2007.
- Colinas, Antonio, «Introducción», en Salvatore Quasimodo, *Poesía completa*, Ourense, Ediciones Linteo, 2007 (2004), 9-27.
- Quasimodo, Salvatore, *Obra completa*, Versiones de Franco Moggi, Carlos Viola Soto et al., Buenos Aires, Sur, 1959.
- , *Poesías completas*, Edición, traducción y prólogo de Antonio Colinas, Granada, La Veleta, 1991.
- , *Poesía completa*, Traducción e introducción de Antonio Colinas, Ourense, Ediciones Linteo, 2007 (2004).